

El hombre que calculaba

Después de la segunda oración² dejamos la hostería *El Anade Dorado* y seguimos a paso rápido hasta la residencia del Visir Ibrahim Maluf, ministro del rey. Al entrar en la rica morada del noble musulmán quedé realmente maravillado. Cruzamos la pesada puerta de hierro y recorrimos un estrecho corredor, siempre guiados por un esclavo negro gigantesco, adornado con brazaletes de oro, que nos condujo hasta el soberbio y espléndido jardín interior del palacio.

Atravesamos el patio y siempre guiados por el esclavo de los brazaletes de oro, entramos en el palacio, atravesamos varias salas ricamente alhajadas con tapicerías bordadas con hilo de plata y llegamos por fin al aposento en que se hallaba el prestigioso ministro del rey.

Lo encontramos recostado en grandes cojines, charlando con dos amigos.

Uno de ellos -luego lo reconocí- era el jeque Salem Nasair, nuestro compañero de aventuras del desierto; el otro era un hombre bajo, de cara redonda y expresión bondadosa y barba ligeramente gris. Iba vestido con exquisito gusto y llevaba en el pecho una medalla como el oro y la otra oscura como el bronce.

El Visir Maluf nos recibió con demostraciones de viva simpatía, y dirigiéndose al hombre de la medalla, dijo risueño:

-Ahí tiene, mi querido Lezid, a nuestro gran calculador. El joven que le acompaña es un bagdalí que lo descubrió casualmente cuando iba por los caminos de Alá. Dirigimos un respetuoso salam al noble jeque.

-Me cuesta trabajo creer, amigo Maluf -declaró en tono risueño el poeta Lezid- en las hazañas prodigiosas de este calculador persa. Cuando los números se combinan aparecen también los artificios de los cálculos y las mistificaciones algebraicas. Al rey El-Harit, hijo de Modad, se presentó cierto día un mago que afirmaba saber leer en la arena el destino de los hombres. ¿Hace usted cálculos exactos?, le preguntó el rey. Y antes que el mago despertase del estupor en que se hallaba, el monarca añadió: *Si no sabe calcular, de nada valen sus previsiones; si las obtiene por cálculo, dudo mucho de ellas.* Aprendí en la India un proverbio que dice: *Hay que desconfiar siete veces del cálculo y cien veces del matemático.*

-Para poner fin a esta desconfianza -sugirió el Visir-, vamos a someter a nuestro huésped a una prueba decisiva.

De lo que aconteció durante nuestra visita al Visir Maluf. De nuestro encuentro con el poeta Lezid, quien no creía en los prodigios del cálculo.

El Hombre que Calculaba cuenta de manera original los camellos de una numerosa cáfila.

La edad de la novia y un camello sin oreja.

Beremiz descubre la "amistad cuadrática" y recuerda al rey Salomón.

Y diciendo esto se alzó del cómodo cojín y tomando delicadamente al Beremiz por el brazo lo llevó ante uno de los miradores del palacio.

Se abrió el mirador hacia el segundo patio lateral, lleno en aquel momento de camellos. ¡Qué maravillosos ejemplares! Casi todos parecían de buena raza, pero vi de pronto dos o tres de color blanco, de Mongolia, y varios carehs, camellos de pelaje claro.

-Ahí tiene -dijo el Visir- una bella manada de camellos que compré ayer y quiero enviar como regalo al padre de mi novia. Sé exactamente, sin error, cuántos son. ¿Podrías indicarme su número?

Y el Visir, para hacer más interesante la prueba, dijo en secreto, al oído de su amigo Lezid, el número total de animales que había en el atestado corral.

Yo me asusté ante el caso. Los camellos eran muchos y se confundían en un movimiento constante. Si mi amigo cometiera un error de cálculo, nuestra visita al Visir habría fracasado lastimosamente. Pero después de recorrer con la mirada aquella inquieta cáfila, el inteligente Beremiz dijo:

-Señor Visir: según mis cálculos, hay ahora en este patio 257 camellos.

¡Exactamente! -confirmó el Visir- ¡Acertó!; el total es realmente 257. Kelimet-Uallah!³

-Y ¿cómo logró contarlos tan de prisa y con tanta exactitud?, preguntó con curiosidad incontenible el poeta Lezid.

-Muy sencillamente, explicó Beremiz; contar los camellos uno por uno sería para mí una tarea sin interés, una bagatela sin importancia. Para hacer más

atractivo el problema, procedí de la siguiente forma: conté primero todas las patas y luego las orejas. Encontré de este modo un total de 1.541. A ese total añadí una unidad y dividí el resultado por 6. Hecha esta pequeña división, encontré el cociente exacto: 257.

-¡Por la gloria del profeta! -exclamó el Visir con alegría- ¡Qué original y fantástico es todo esto! ¿Quién iba a imaginarse que este calcular, para complicar el problema y hacerlo más interesante, iba a contar las patas y las orejas de 257 camellos! Y repitió con sincero entusiasmo:

-¡Por la gloria del profeta!

-En todo esto -dijo muy serio el poeta Lezid- hay una particularidad que escapa a mi raciocinio. La división por 6 es aceptable, pues cada camello tiene 4 patas y 2 orejas y la suma $4 + 2$ es igual a 6. Luego, dividiendo el total hallado -suma de patas y orejas de todos los camellos- o sea 1.541 por 6, obtendremos el número de camellos⁴. No comprendo sin embargo, por qué añadió un 1 al total antes de dividirlo entre 6.

-Es muy sencillo -respondió Beremiz-. Al contar las orejas noté que uno de los camellos tenía un pequeño defecto: le faltaba una oreja. Para que la cuenta fuera exacta, había que sumar 1 al total. Y volviéndose a Visir, le preguntó:

-¿Sería indiscreción o imprudencia por mi parte preguntaros. ¡oh Visir!, cuántos años tiene la que ha de ser vuestra esposa?

-De ningún modo -respondió sonriente el Ministro-. Astir tiene 16 años. Y añadió, imprimiendo a sus palabras un ligero tono de desconfianza:

-Pero no veo relación alguna, señor cal-

culador, entre la edad de mi novia y los camellos que voy a ofrecer como presente a mi futuro suegro...

-Sólo deseaba -reflexionó Beremiz-, hacerle una pequeña sugerencia. Si retira usted de la cáfila el camello defectuoso, el total será 256 y 256 es el cuadrado de 16, esto es, 16 veces 16. El presente ofrecido al padre de la encantadora Astir tendrá de este modo una perfección matemática, al ser, el número total de camellos igual al cuadrado de la edad de la novia. Además, el número 256 es potencia exacta del número 2, que para los antiguos era un número simbólico, mientras que el número 257 es primo. Estas relaciones entre los números cuadrados son de buen augurio para los enamorados.

En este punto el Visir dijo al poeta Lezid:

-Veo que la inteligencia de este calculador no es menor que su habilidad para descubrir analogías e inventar leyendas. Muy acertado estuve cuando decidí convertirlo en mi secretario.

-Siento tener que deciros, ilustre Mirza -replicó Beremiz-, que sólo podré aceptar su honroso ofrecimiento si hay aquí también lugar para mi amigo Hank-Tadé-Matá el bagdalí, quien se encuentra ahora sin trabajo y sin recursos.

Quedé encantado con la delicada gentileza del calculador. Procuraba, de este modo, atraer a mi favor la valiosa protección del poderoso Visir.

-Muy justa es tu petición -condescendió el Visir-. Tu compañero Hank-Tadé-Matá permanecerá aquí ejerciendo las funciones de escriba con el sueldo que le corresponde. Acepté sin vacilar la propuesta y expresé luego mi reconocimiento al Visir y también al bondadoso Beremiz.

(1) Tomado de: *El hombre que calculaba*. De Melba Talban, Ed. Panamericana, Santa Fe de Bogotá, 1998. Fragmento. Editado por Aula Urbana, 2000.

(2) Los musulmanes hacen cinco oraciones en el día. La primera al amanecer. La segunda al mediodía. La tercera a las 4 p.m., aproximadamente. La cuarta al ponerse el sol y la última en la noche.

(3) Kelimet-Uallah! ¡Por la gloria de Mahoma!

(4) Si el número de camellos fuera por ejemplo de 10, el total de patas y orejas (6 para cada uno) sería de 60. Por eso, el número de camellos se puede obtener dividiendo entre 6 la cantidad total de patas y orejas.